



La frontera  
**México-Estados Unidos:**  
una lectura desde la  
historia para nuestros días





**Resumen:** Desde una perspectiva antropológica, el autor nos lleva a analizar, la situación que tienen las regiones fronterizas del norte de México, y en particular la frontera chihuahuense más importante, la de Juárez y El Paso. A su vez, con la ayuda de la relación de sucesos, nos lleva a entender que la frontera no es sólo una división política, sino que hay todo un universo detrás de ese concepto, la cual ha tenido una evolución, misma que se sigue transformando.

**Palabras clave:** México, Estados Unidos, historia, cultura, frontera, antropología.

**Abstract:** From an anthropological perspective, the author leads us to analyze, the situation of the border regions of northern Mexico, in particular, the most important Chihuahua border: Juarez - El Paso. At the same time, with the help of the relationship of events, it leads us to understand that the border is not only a political division, therefore it is a whole universe behind that concept, which has had an evolution, and it continues to transform.

**Key words:** Mexico, United States of America, history, culture, border, anthropology.

Intentar colocar la frontera en el amplio escenario del discurso académico, aquel donde los postulados de las ciencias sociales se convierten en debates, e incluso, campos de batalla, como los ha llamado Perry Anderson, presenta serias dificultades.

Lo primero que notamos es la ausencia de una obra o más bien, de una serie de obras que ayuden a explicar como los diferentes discursos académicos y también los no académicos, han moldeado nuestra idea de región fronteriza. He aquí la primera de las "comezones" o incomodidades para pensar una manera de debatir desde la historia y las ciencias sociales dentro de una perspectiva regional. Con esto,

Carlos González Herrera



me refiero al margen entre lo académico y lo no-académico, entre lo “científico y lo folk”.

No es un asunto menor el discurso académico en una región como el norte de México, donde algunos argumentos se presentan como si fueran “especialidades regionales”, como si se tratara de una bandeja de comida delicatessen, mostrando claras diferencias con otras regiones del país:

- La conquista y colonización tardía del Imperio español en esta región.
- Un proceso muy bajo de mestizaje.
- Sociedades “muy diferentes” a las del resto del México prehispánico o de la región conocida como Mesoamérica.
- Un carácter indómito forjado por la “lejanía” con el “centro” del país, el desierto y el enfrentamiento con los “bárbaros”.
- Una propensión a generar un carácter liberal, igualitario y protodemocrático “naturalizado” por la concatenación de las condiciones anteriores.
- Defensores de la civilización occidental.

Si se practicara una disección o una forma de arqueología de los discursos sobre la región, se descubriría que parte de los postulados anteriores continúan vivos, o se corroboraría su popularidad al notar que parte de nuestros discursos folk o cultura pop regional los ha reutilizado hábilmente:

- El centro nos tiene abandonados y no nos entiende (Referencia a la Ciudad de México, sede de los poderes de la Unión).
- El norte (la frontera particularmente) merece un trato especial por sus condiciones diferentes (como el vivir bis a bis los gringos, que actualmente ocupan el lugar que anteriormente correspondía a los apaches).
- Que en el norte se habla golpeado y decimos la verdad.
- Que no somos hijos del gobierno y por eso lo enfrentamos más abiertamente.
- Somos los vencedores del desierto.
- Nos encontramos sumidos dentro de una guerra contra el narco por culpa de los gringos y por culpa del centro del país. Aquí no hay culpa alguna.

Ninguna de las dos listas es exhaustiva. Lo que me interesaba era colocar la construcción del discurso sobre lo local en la misma plataforma en la que se alinean y discuten los grandes debates de las ciencias sociales.

¿Cómo asumimos este pasado y presente pop o folk? ¿Es sólo conciencia falsa, como hace mucho habrían dicho los marxistas?

Permítanme que presente aún más clara la pregunta: ¿en qué medida logramos colocar estos temas dentro de los que debaten las ciencias sociales, como la debilidad del Estado, el Estado fallido, la exclusión social, el racismo, la identi-



dad y sus componentes o la actualidad del Estado Nación y del nacionalismo? Si estamos viviendo la posmodernidad, cabría entonces preguntarnos, ¿podemos al menos enumerar las características de nuestra modernidad y hacer un simple balance contable de ellas? O mejor aún, ¿podemos considerarnos fuera de la poscolonialidad?

En este texto presento un esfuerzo, aún no acabado, que lleva la intención de añadir nuevas entradas al debate de las ciencias sociales contemporáneas. Se trata de entradas disciplinarias que rompan el monopolio de la unidisciplina y abran espacio a nuevas voces, empresa en la que esta embarcada la Revista QUID IURIS.

Estas líneas, escritas desde una de las fronteras “al rojo vivo” del mundo del siglo XXI, tomarán por sorpresa a los

cientistas sociales de la región, tratando de hacerlos partícipes de algunos debates que no solamente no están resueltos, sino que también son poco conocidos para nuestra práctica de las ciencias sociales. Quizás el fundamento mayor, aunque no completamente explícito de este texto, sería el de un planteamiento ontológico, que paradójicamente es duda y afirmación, a la par que es un intento de huída, pero que obliga a los regresos: ¿qué pasa con Occidente?

Octavio Paz solía decir que México es una forma *sui generis* de Occidente, es decir, que no es enteramente occidental, pero sí es una expresión particular de éste. Finalmente Paz, nos dejó la propuesta de que no siendo una versión clásica de Occidente y su cultura, éramos una versión que la enriquecía.

Octavio  
Paz

México es una  
forma *sui generis*  
de Occidente





Al respecto, Isaiah Berlin consideraba que Occidente era “un árbol torcido” del cual nos disgusta su sombra, pero que conlleva una atracción fatal, pues siempre regresa al cobijo de esa sombra distorsionada para seguir viendo al mundo.

La respuesta que me he dado a mí mismo, es que Occidente tiene una pequeña ventaja sobre sus destructoras desventajas: deja un espacio para la autocrítica que después permitirá la crítica más amplia. Dicho de otra manera, es como si Occidente fuera capaz de meter a la humanidad en una cueva oscura y dejar una pequeña oquedad por la que la luz, o algo que se alcance a percibir como luminoso, pudiera guiar hacia una nueva ruta; o algo que quizá engañados, consideramos una posible ruta.

Esta es una de las tensiones no resueltas que produce la cultura occidental. ¿Es posible pensar y existir dentro de una cultura alternativa y contestataria frente a la modernidad? La posmodernidad fue al parecer la respuesta, pero lo hizo articulando recursos retóricos y sobre todo instituciones típicamente occidentales. Al respecto, dice Fernando Coronil:

Una consecuencia de varios de esos giros (discursivo y lingüísticos) y de los llamados post (posmodernismo, poscolonialismo) ha sido la tendencia a identificar la economía política con las narrativas modernas y los estudios culturales con historia fragmentadas o viñetas inconexas. Mientras la primera línea de análisis lleva

a narrativas unilineales (evolucionismo), actores únicos (obreros, campesinos, dueños de modos de producción), sistemas integrados (capitalismo, nacionalismo, Estados), la otra línea produce “recuentos” multifacéticos, sujetos subdivididos (género, cultura, etnicidad, religión, etcétera) y una fragmentación de los campos sociales. [...] La crítica al modernismo y sus postulados, debería llevar a un compromiso crítico con la complejidad de la historia, no a la proliferación de pequeñas viñetas o cuentos sin unión alguna en las que el objeto ya no es el actor, el dato o lo narrado, sino la narración misma que toma una vida autónoma.<sup>1</sup>

Algunos de los debates contemporáneos de las ciencias sociales, como modernidad y colonialidad, posmodernidad y poscolonialidad, vistos desde la perspectiva decolonial, no pretenden alejarse de manera voluntarista de Occidente, como tampoco atacar o contraatacar a los siglos donde ha predominado esta forma de colonialismo cultural; por el contrario, se trata de un reconocimiento y una denuncia a este dominio; reconocimiento que no parte de ninguna forma irreal, sino que en todo caso, trata de describir al monstruo desde sus mismas entrañas.

Este reconocimiento se hace desde dos plataformas que es preciso eviden-

<sup>1</sup> Prólogo al libro *Clase Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham, Londres, Duke University Press, 1998. (Traducción mía).



ciar: primero, se realiza desde la historia, no como disciplina, sino como afirmación de lo real y lo humano, de lo societal y lo cultural; asimismo, se realiza desde una región específica, en la cual, se pretende eliminar una de las tantas vueltas de tuerca al colonialismo cultural y académico en cual únicamente se dialoga nuestra propia realidad a través de autores extranjeros, tratando de colocar en su lugar, las bases que nos permitan dialogar cara a cara con las producciones académicas locales, lo que por ende nos lleva a cuestionar si existe una escuela de pensamiento de las ciencias sociales que se considere latinoamericana o propia, e incluso, si existe acaso una escuela de pensamiento sobre las fronteras en otros espacios del mundo. En todo caso, sabemos que la propuesta se hace desde la tradición occidental.

### **Arqueología de la frontera versus Historia lineal de la frontera**

Desde el rechazo a una simple visión o perspectiva regionalista o parroquial, utilizo mi ubicación geográfica, en el cruce fronterizo Juárez-El Paso, y trato de agregar una mirada abierta en lo disciplinario, para hacer de la frontera una plataforma de reflexión, una propuesta de cómo explicarnos y también de cómo entendemos al mundo. Se pretende desdoblarse la historia de la región para abrirla al debate de cómo opera "occidente" como complejo civilizatorio en un escenario específico, con la particularidad de que en este caso no se está enfrentando Occidente a una

sociedad de naturaleza completamente diferente. Se trata de observar al actor principal del occidente capitalista moderno: Estados Unidos en su camino para replantear el sistema mundo, lo cual lo pone de frente a otros actores menores, quizá no tardíos, pero sí menores y amputados, del capitalismo mundial a partir del siglo XIX.

¿Cuál es la importancia de una región como ésta, en el replanteamiento del sistema mundial de dominación hacia el ocaso de los grandes imperios y el fin de la Primera Guerra Mundial? Tanto para México, como para los Estados Unidos fueron años de grandes transformaciones pero que al país del sur lo colocaron en una situación de debilidad, al derrumbarse el Porfiriato y ser suplantado por un régimen posrevolucionario que tenía como urgentísima prioridad el reconocimiento estadounidense; mientras que al del norte lo subieron en una plataforma de expansionismo de su poder político, económico y, podríamos decir de su ánimo triunfador. Para uno y para otro, esa franja que dividía ambas soberanías nacionales tuvo un significado bien distinto.

Para los Estados Unidos, la frontera se convirtió en un proceso de autoafirmación imperial con rasgos políticos, culturales, raciales, médico-científicos, económicos y militares. Para México la frontera, a pesar del origen norteamericano de los hombres fuertes del nuevo régimen, siguió siendo una región ajena, atípica y a la que en



buena medida se le siguió viendo como el espacio que nos separaba y distanciaba del vecino poderoso. El vacío protector.

Desde los Estados Unidos, el puesto fronterizo de El Paso, Texas, se convirtió en un laboratorio para las afirmaciones de su carácter imperial y de un nacionalismo basado en la exclusión. Fue un espacio política y simbólicamente importante para terminar de afinar el dominio sobre la barbarie de la frontier con la finalidad de convertirlo en un lugar “políticamente correcto”: la border. La región Juárez-El Paso fue el teatro para la mezcla de la política de Estado y las políticas populares para hacer evidente a los mexicanos de ambos lados de la frontera, que ese punto era un resguardo de la civilización y la democracia occidentales, y de las que evidentemente, ellos no formaban parte. Desde Juárez, la ausencia de una política de Estado clara y continua, fue sustituida con otros elementos de gran importancia para la imaginación y construcción del espacio fronterizo mexicano.

La antropología histórica de un escenario como el de Juárez-El Paso, remite a tratar de entender las prácticas concretas con las que una sociedad y, más particularmente, el Estado y sus agencias, elaboraron la ruta para la construcción de una frontera, de un límite; en otras palabras, la forma en que se codifican las diferencias y construye la otredad. En una frontera, se trata de afirmar los límites propios de una nación y procesar las diferencias que la separan de otra.

Los procedimientos para lograr lo anterior, nunca podrán ser suaves, sencillos ni espontáneos. Siempre implicarán algún grado de violencia física y simbólica, así como ejercicios de exclusión de unos seres humanos sobre otros. La construcción de esa otredad nacional no se ejecuta en el aire ni sobre la otra nación en general; el marco jurídico, los tratados internacionales y todo el cuerpo regulador que los Estados Unidos elaboró para distinguir al *alien-otro-extraño* pueden ser entendidos por gobernantes y burócratas, incluso por ciertos segmentos “ilustrados” de las sociedades, pero —y es un pero mayúsculo— son absolutamente inútiles cuando se trata de interiorizar la conciencia de los ciudadanos “de a pie”. La implantación de la frontera como el espacio para la construcción de la diferencia y para la legitimación de las prácticas excluyentes, requiere de mucho más: de escenografías y coreografías apropiadas para el despliegue del poder del Estado y de la sociedad dominante, de una tecnología de escrutinio y examen que permita clasificar y poner adjetivos —de etnicidad, género, nacionalidad, ciudadanía, cultura y posición económica— a hombres y mujeres que participan en la puesta en escena de la vida fronteriza.

El suroeste estadounidense fue, todavía durante la primera mitad del siglo XIX, una región de identidades diferentes a la anglosajona: unas indígenas, despreciadas y semidestruídas por siglos de presencia



européa y mestiza producida por la Nueva España y luego por el México Independiente; otra hispana, que durante años se ufano de ser la cultura “civilizada” y dominante de estas regiones. El crecimiento y dominio arrollador que los anglosajones estadounidenses lograron de esta porción del territorio, les demandó continuar la cruzada civilizatoria que Turner había enunciado describiendo el avance hacia el oeste de los Estados Unidos.

Durante la segunda mitad del siglo XIX, el Estado y una parte de la sociedad estadounidense se empeñaron por convertir una región de difusas fronteras culturales (*frontier*), en un auténtico límite de su soberanía nacional-territorial e identidad étnico-cultural (*border*). Esa nueva frontera no podía ser construida y asegurada sólo con la presencia de fuerzas militares, lo que además hubiera resultado imposible. La construcción de la frontera con México fue ejecutada sobre dos premisas: la primera exigía considerar al país del sur como una fuente —que consideraban inagotable— de fuerza de trabajo barata, no calificada y que cuando se requiriera, se podía expulsar (de nuevo) hacia su país de origen gracias a la contigüidad física. La segunda, resultó de una ejecución más compleja y siempre imperfecta, ya que sin dejar de atraer a los mexicanos como fuerza de trabajo para asegurar la competitividad económica del suroeste de los Estados Unidos, había que construir los escenarios, prácticas, instituciones de Es-

tado y ambientes sociales que aseguraran su identificación como un *alien-otro-extraño* permanente.

El reto no era menor: fincar una frontera de porosidad dinámica adaptada a los grandes intereses de la economía regional, pero que al mismo tiempo, fuera inflexible en su afán de marcar las diferencias y de vigilar la seguridad de la nación y el Estado. Por esto, la frontera no podía ser vigilada en masa, indiscriminadamente y con la presencia masiva del ejército.

Al inicio del siglo XX, una carrera sorprendentemente rápida para sofisticar la vigilancia de la frontera fue iniciada. La frontera con México, no obstante sus notables características particulares, sería monitoreada y vigilada tomando las experiencias de los puertos marítimos que administraban los flujos de inmigrantes a los Estados Unidos en Ellis Island, Nueva York y en Angel Island, California, así como del conocimiento médico-científico acumulado en las grandes ciudades de la zona este donde se concentraban los inmigrantes europeos, los cordones sanitarios contra las enfermedades transmisibles en Texas, Puerto Rico, Cuba y Filipinas. Todo ello, exigía que las técnicas de vigilancia tuvieran una escala adecuada, y ésta sería la del cuerpo humano.

La burocracia estadounidense que administró la frontera con México a partir de la segunda década del siglo XX, centró su vigilancia en los cuerpos de los mexicanos atendiendo a la doble premisa recién



mencionada, por lo que fueron sujetos de una constante dicotomía: necesidad-rechazo, aceptación-contención, simpatía-antipatía, aprobación-discriminación, inclusión-exclusión. Para lograr sustentar legal y culturalmente esa elaboración dicotómica, primero tuvieron que proveerse de una lectura que permitiera ubicar los dos polos de valoración. El polo positivo, señalaba al cuerpo mexicano como una oportunidad, fuerza de trabajo abundante, barata, hábil, dócil y resistente; el negativo, confeccionó la idea del cuerpo mexicano como ajeno, no apto para las virtudes ciudadanas, incapaz de asimilarse a otros espacios y como un riesgo para la salud pública estadounidense. Dentro de este juego de polos opuestos, se generan las mayores tensiones de la frontera.

Los rituales de cruce de la frontera no fueron producto de coerciones abiertas aplicadas con lujo de violencia. Se trata, al decir de Foucault, de ejercicios de "coerción débil", no por ello menos efectiva. Desde que se institucionalizó el aparato de vigilancia de la frontera, el escrutinio que se lleva a cabo sobre las personas que cruzan, ha sido un asunto cercano a la mecánica del sentido de la vista y percepción, donde se vigilan los movimientos, los gestos, las actitudes, la rapidez para responder cuando se cuestiona al que cruza y la apariencia física. El paso por un puesto migratorio no es el ingreso a un convento, fábrica o ejército, tampoco supone formas de esclavitud, servidumbre

o vasallaje, ¡pero! no debe haber duda, en las fronteras se elabora de forma muy efectiva, una nueva forma de dominación del cuerpo: para ser explotado o para ser patologizado.

El sentimiento que me queda, se acerca mucho a unas palabras de Foucault:

El cuerpo humano entra en un mecanismo de poder que lo explora, lo desarticula y lo recompone. Una "anatomía política", que es igualmente una "mecánica del poder", está naciendo: define cómo se puede hacer presa en el cuerpo de los demás, no simplemente para que ellos hagan lo que se desea, sino para que operen como se quiere, con las técnicas, según la rapidez y la eficacia que se determina. La disciplina fabrica así [...] cuerpos dóciles.<sup>2</sup>

Estados Unidos tiene en su frontera un aparato articulado que posibilita la vigilancia de los movimientos de sur a norte de personas; método que permite registrarlas y convertirlas en estadísticas, además, las clasifica y las nombra de acuerdo a un sistema múltiple de valores.<sup>3</sup> Doy por entendido que la frontera entre los Estados Unidos y México, pensada sólo como

<sup>2</sup> *Vigilar y castigar, nacimiento de la prisión*, México, Siglo XXI editores, 1999, p. 141-142.

<sup>3</sup> La importancia de este tipo de registros consistía en que afirmaba la relación de supremacía con respecto a México, ofreciendo por medio de las estadísticas, radiografías del país y de sus nacionales a los que lograba convertir en objeto de conocimiento y sujetos del poder. La integración de este corpus informativo representa una continuidad del viejo discurso colonial que las potencias europeas usaron para definir al "otro" e imponer su poder frente a culturas distintas.



la línea imaginaria de un mapa y reconocida como un hecho político y diplomático, es mucho más antigua. El procedimiento de monitoreo sobre los que pasaban desde México, exigió que el punto de cruce fronterizo en el que se instalaban las autoridades de las diferentes agencias del Estado, el Servicio de Inmigración y el Servicio de Salud Pública principalmente, se convirtieran en el teatro de los escrutinios y los exámenes para permitir o no la entrada a los Estados Unidos.

Las técnicas de reconocimiento de los cuerpos que cruzaban el puente internacional iniciaban por técnicas oculares que frecuentemente, eran seguidas por otras de tipo verbal y físico. Cruzar bajo escrutinio tenía como objetivo ritualizar la conversión de la persona en un alien-otro-extraño. Si la Guerra de 1846-1848 y la firma de los tratados internacionales entre los dos países no habían convencido aún a los habitantes mexicanos de la región de que a partir del puente internacional se pasaba a otra soberanía nacional, los rituales cotidianos a los que se sometían cada vez que cruzaban “ese límite” lo harían.

La importancia de las inspecciones y su parafernalia reside en el hecho de ir interiorizando en los cuerpos y mentes de las personas, un nuevo sistema de identidades y de relaciones de poder. Pasar un ritual de inspección fronteriza es mucho más útil para entender la dominación de un país sobre otro,

que la lectura de las diferencias en los productos internos brutos respectivos. Sostengo que durante las primeras décadas del siglo XX, la fuerza del Estado estadounidense creó esa frontera basándose en la imposición paulatina de una disciplina sobre los cuerpos de los mexicanos. Observar, preguntar, tocar, bañar, desinfectar y vacunar, son parte de un engarzamiento de técnicas que van sofisticándose y volviéndose cada vez más intrusivas y violentas.

Sin temor a exagerar, la administración de la frontera con México se convirtió en una “microfísica del poder”, mediante la cual México y los mexicanos eran “legal y científicamente” jerarquizados a través de [...] una mirada normalizadora, una vigilancia que permite calificar, clasificar y castigar. Establece sobre los individuos una visibilidad a través de la cual se los diferencia y se los sanciona. A esto se debe que, en todos los dispositivos de disciplina, el examen se halle altamente ritualizado. En él vienen a unirse la ceremonia del poder y la forma de la experiencia, el despliegue de la fuerza y el establecimiento de la verdad. En el corazón de los procedimientos de disciplina manifiesta el sometimiento de aquellos que se persiguen como objetos y la objetivación de aquellos que están sometidos. La superposición de las relaciones de poder y de las relaciones de saber adquiere en el examen toda su notoriedad visible.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 189.



La administración del movimiento de personas por parte de los Estados Unidos, entre dos puntos físicamente tan cercanos, Juárez y El Paso, permitió fincar la verdadera frontera entre las dos naciones al volver culturalmente comprensibles los límites y las asimetrías entre ambas. La sofisticación de los procesos de esa administración de cuerpos, identidades, espacios y movimientos, es una clara relación de la intrínseca correspondencia que hay entre conocimiento y poder. Desde los escenarios coloniales del siglo XVI, hasta los poscoloniales de los siglos XIX y XX, la necesidad de definir al “otro”, creó ese vínculo.

España, frente a la conmoción causada por el “surgimiento” de América, tuvo que inventar la manera de aproximarse

[...] a la novedad representada por América, el pensamiento europeo se hallaba ante la tarea de definir y delimitar lo nuevo para establecer un orden que eliminara la confusión e inseguridad que habían surgido. Nombrar, construir y acotar la nueva realidad: ésa fue la tarea de los teólogos y teóricos del Viejo Mundo frente al reto que había representado el descubrimiento de un mundo desconocido.<sup>5</sup>

Siglos después los poderes neocoloniales se enfrentaban, en uno de los *continuum* de angustia de la cultura occidental, a la necesidad de identificar y clasificar a

5 Herbert Frey, *El “otro” en la Mirada. Europa frente al universo americano-indígena*, México, Universidad Autónoma de Quintana Roo/Miguel Ángel Porrúa, 2002, p. 102.

los “otros” para poder ejercer su dominio a “plenitud”. El gran antropólogo Bernard Cohn ha mostrado en sus investigaciones, con el ejemplo del régimen Raj en India, que los dominios del modelo colonial tuvieron que crear sistemas de categorías para definir las identidades que permitirán trazar las líneas para la inclusión o la exclusión: los británicos y los indios en ese caso particular.<sup>6</sup>

En el siglo XIX, estos regímenes sustituyeron a los teólogos por nuevos teóricos que, basados en la “ciencia”, se integraron a las grandes burocracias coloniales y se ocuparon de dar sustento “objetivo” al saqueo de inmensas regiones del mundo no occidental, como sucedió en India, África o en el Oriente: clasificando a los pueblos, “descubriendo” sus atributos, potenciales y debilidades, con la finalidad de “otorgarles” su lugar en el mundo; para ello, se crearon herramientas de cuantificación y observación como los censos, los estudios prospectivos y las etnografías. Se levantaron registros de los movimientos, transacciones, enfermedades y, con esa información, se confeccionaron estadísticas que facilitaron el poder de disciplinar a los cuerpos a través del establecimiento de rutinas y la estandarización de prácticas cotidianas.

6 *An Anthropologist among the Historians and Other Essays*, Delhi, Oxford University Press, 1987 y “Beyond the Fringe: The Nation-State, Colonialism, and the Technologies of Power”, en *Journal of Historical Sociology* I: 224-229.



Durante la segunda mitad del siglo XIX los distintos sistemas imperiales impulsaron la ampliación y especialización de la base científica de su sistema de dominación. Si bien es cierto que las ideas de estas operaciones de conocimiento-poder-dominación provienen, generalmente, de los estudios del comportamiento del colonialismo norte-europeo en Asia, África y el sub-continente hindú, me parece que deben ser cotejadas con las formas de comportamiento de los Estados Unidos en América Latina y de manera muy prometedora, para el entendimiento de la región fronteriza con México. La ausencia de las relaciones entre los Estados Unidos con México y el resto de la América Latina del mundo de los estudios poscoloniales, ha sido recientemente reconocida,<sup>7</sup> pero aún el camino es muy largo para comprender la riqueza que estas aproximaciones podrían aportar a una nueva etapa de la Antropología mexicana.

Por mucho tiempo, el enfoque tradicional que la academia mexicana ha hecho en la economía política, ha implicado el olvido de las dimensiones culturales de las mismas prácticas económicas que pretenden explicar.<sup>8</sup> Tampoco se trata de justificar los estudios culturales, que moviéndose al otro polo, han olvidado las prácticas económicas y sus complejas redes de implicaciones político-culturales que parecen esmerarse en fragmentar la historia. Coincido con Fernando Coronil, de que no hay razón para la polarización y de que la crítica al modernismo, debería llevar a una aproximación más analítica sobre la complejidad de la historia y no a la proliferación de “viñetas y cuentos desunidos”.<sup>9</sup>

**El considerar a la frontera como una construcción-invencción, desde el punto de cruce fronterizo de El Paso y Ciudad Juárez, como escenario específico, está animado por la idea de que es posible hacer dialogar a la antropología mexicana con el trabajo académico de otras latitudes, pero que pueden encontrar escenarios históricos y vivencias humanas compartidas: los encuentros imperiales de manera preponderante.**

<sup>7</sup> Me refiero de manera particular al notable volumen editado por Gilbert M. Joseph, Catherine C. Legrand, and Ricardo D. Salvatore, editors, *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of U.S.-Latin American Relations*, Durham-London, Duke University Press, 1988.

<sup>8</sup> En ese sentido destaca por su novedad, apertura para los temas no indígenas, el libro de Manuel Gamio, *El migrante mexicano. La historia de su vida. Entrevistas completas, 1926-1927*, México, SEGOB/UC MEXUS/CIESAS/Miguel Ángel Porrúa, editor. 2002.

<sup>9</sup> Prólogo al libro de Joseph, Legrand y Salvatore, pp. XI-XII.



El movimiento en el puente internacional sobre el Río Bravo y entre estas dos poblaciones, que una vez fueron la misma, conlleva interacciones culturales entre actores locales y extranjeros; entre gente común con las instituciones del Estado; entre seres humanos que empiezan a usar la raza, la nacionalidad, la ciudadanía y el discurso de la superioridad de cierto stock o reserva genética sobre otros. Todo ello en condiciones de transformaciones históricas profundas, como las que vivieron ambos países entre 1900 y 1930.<sup>10</sup>

El estudio de un espacio binacional como el de Juárez-El Paso, puede desdoblarse las apariencias físicas en paisajes sociales en los que se sucedieron encuentros imperial-subalternos, fijados por ciertos modos de explotación de las riquezas naturales y del trabajo humano (el modelo económico del suroeste estadounidense), donde esos paisajes, sujetos sociales y los espacios para su actuación y encuentro, fueron constituidos por relaciones y discursos de nacionalidad, clase, etnicidad, cultura, religión y género. Estos paisajes, relaciones y discursos, están alineados con la formación de la identidad nacional, la consolidación del Estado-nación-imperio estadounidense y dan, definitivamente, el carácter a la frontera con México.<sup>11</sup>

El cruce fronterizo entre Juárez y El Paso es un mirador extraordinario, pues es una

10 Entre 1900 y 1930, tanto México como Estados Unidos pasaron por una reestructuración de su política, economía y cultura; en el caso de México, la reconstrucción del Estado nacional con el régimen producto de la Revolución y la consolidación de un nuevo nacionalismo, sustento identitario que se refleja hasta el día de hoy; en el caso de los Estados Unidos, la gran depresión y la expansión económica, fueron parte de los procesos que constituyeron cambios fundamentales en este país.

11 Estas ideas encuentran un mayor desarrollo en mi libro *La frontera que vino del norte*, México, TAURUS, 2008.



“zona de contacto” donde se han producido choques entre culturas, historias, lenguas y religiones diferentes, que desde el poder, han modelado los métodos para su clasificación y tratamiento.<sup>12</sup>

Las migraciones son otro tema que merece historiarse. Los traslados de poblaciones, o partes de ellas, del lugar donde se considera están el hogar, la familia y lo propio, a sitios alejados física o culturalmente, han existido por muchísimos años. El siglo XIX llevó esa experiencia humana

12 La idea de “zonas de contacto” entre el centro y la periferia pero que ya no se encuentran en las áreas coloniales o periféricas, ha sido desarrollada por Mary Louise Pratt en su *Imperial Eyes: Travel Writing and Transculturation*, London and New York, Routledge, 1992. Su uso está también en la obra de Ian Chambers, *Migración, cultura, identidad*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1994.



a proporciones nuevas. Durante sus últimas décadas y las primeras del siglo XX, las migraciones incluso redefinieron las antiguas relaciones metrópoli-colonia, centro-periferia, primer mundo-tercer mundo, por un aquí y allá que se había sobrepuesto a las distancias: las “zonas de contacto” entre esos mundos asimétricos dejaron de estar en la seguridad de los alejados espacios coloniales africanos, asiáticos o indostanés.

Las corrientes migratorias de los últimos cien años son producto del desdoblamiento de las realidades coloniales, de la descomposición de los legados de siglos de colonialismo y dominios imperiales. La migración masiva y descontrolada pare-

ciera ser la venganza no planeada: “el tiro por la culata” del despotismo y falta de sensibilidad metropolitanos. Esta migración, ya como producto del desanudado de los remedos de sociedad civil que se dejaron en las colonias o como continuación de proyectos de extracción de mano de obra de un país hacia otro (como en el caso de México y los Estados Unidos), mueven las “zonas de contacto” al traspaso de las potencias:

Quando el “tercer mundo” no puede mantenerse ya en un remoto “allá” sino que empieza a aparecer “aquí”; cuando el choque entre culturas, historia, religiones y lenguas diferentes ya no ocurre en la periferia, [...] sino que irrumpe en el centro de nuestra vida cotidiana, en las ciudades y culturas del llamado “primer mundo o mundo desarrollado”.<sup>13</sup>

La inmigración impactó de manera profunda la historia del siglo XIX estadounidense, pero no fue sino hasta finales de este siglo que, con la aprobación de la Ley de Inmigración de 1891, la llegada de personas a ese país se convirtió en un “rito de pasaje” cada vez más definido por el conocimiento científico de especialistas en medicina, patología y salud pública:<sup>14</sup> “De Ellis Island a Angel Island, las manos, los ojos y los instrumentos de los funcionarios

13 Chambers, *Op. cit.* p. 14.

14 Un trabajo inspirador es el de Howard Markel, *Quarantine! East European Jewish Immigrants and the New York City Epidemics of 1892*, Baltimore and London, The Johns Hopkins University Press, 1997.



de salud pública pusieron bajo escrutinio la condición física de los futuros ciudadanos de la nación”.<sup>15</sup>

La frontera estadounidense con México fue primero un puerto de embarque para la importación, selección y distribución de miles y miles de trabajadores que apuntalaron el boom económico del suroeste; luego se pretendió que funcionara como un filtro de la inmigración clandestina de las razas y nacionalidades consideradas como riesgosas para la pureza racial de la nación. La “otredad” de los mexicanos llevó más tiempo en ser elaborada, y no sería sino hasta la segunda década del siglo XX en que la violencia de la Revolución mexicana y el trabajo de clasificación de los eugenistas y médicos, lograron acumular la evidencia suficiente para considerar a los mexicanos y méxicoamericanos como un riesgo a la salud pública, a los mercados laborales y a la integridad genético racial de los Estados Unidos.

El estudio de la frontera debe también trazar el curso de la transformación del concepto que se ha tenido de los mexicanos para el Estado y la conciencia popular estadounidense. Durante la Era Progresiva además de que se revolucionó la comprensión de las etiologías de muchas enfermedades infecciosas, emergieron con fuerza teorías

que se autonobraban de base “científica”, relacionadas con la herencia genética y con la idea de que los diferentes grupos humanos eran “portadores” de capacidades diferentes. Justamente cuando la vigilancia sobre los mexicanos que cruzaban la frontera se radicalizó, el papel de los servicios de salud pública y el racismo científico, apuntalados por la eugenesia, llegaron al punto máximo de su influencia y poder, transformando la experiencia de los inmigrantes que pretendían entrar a los Estados Unidos.

Desde estos tiempos, los sistemas de escrutinio migratorio han funcionado con oportunismo y cinismo, que no sorprenderá que aún con todo el discurso sanitarista, y a pesar de las voces oficiales y científicas de alarma sobre el peligro infeccioso que representaban los migrantes mexicanos, el número de estos ciudadanos que fueron retenidos, descalificados o rechazados en las fronteras por motivos estrictamente de salud fueron mínimos. Esto se debió, además de las presiones promovidas por los grandes empleadores de mano de obra mexicana, a que ese complicadísimo sistema de observación, examen y clasificación que montaron el United States Public Health Service (USPHS) y el United States Immigration Service, tenían el gran objetivo de definir al alien-otro-extraño, para a su vez, poder definir la frontera. Más importante que la salud, fueron vitales las evidencias visuales de pobreza, de aspecto criminal o inmoral, de debilidad mental, o sencillamente, la sospecha de

15 Howard Markel and Alexandra Minna Stern, “Which Face? Whose Nation? Immigration, Public Health, and the Construction of Disease at America’s Port of and Borders, 1891-1928”, en *American Behavioral Scientist*, vol. 42, June/July 1999, pp. 1313-1330.



ser portador de ideas políticas subversivas de tufillo comunista, anarquista o sindicalistas; aspectos todos inconvenientes para la forja del rostro de la nación-imperio.<sup>16</sup>

#### **En palabras de Guy Rozat:**

El nuevo anthropos, Homo economicus, encuentra su propio motor en sí mismo y en el intercambio generalizado.

Así, sólo es poseedor de racionalidad verdadera el hombre blanco, varón, burgués, dueño de medios de producción, amo de la vida y de la muerte sobre este planeta.

Es ese anthropos fundamentalmente etnocentrista y racista, nacido de las “luces

16 Señalan Markel y Stern: “At a time when epidemics were on decline, many public health officials became concerned less with diseases such as cholera, typhoid, and plague and more interested in identifying more ambiguous conditions and syndromes such as feeble-mindedness, constitutional psychopathic inferiority, and poor physique. The three physicians who occupied the position of Surgeon General during the Progressive Era reflected this trend and often voiced their anxieties and opinions about what “face” the nation should have and who should comprise the body politic”. Op. cit., p. 1315.

burguesas”, que impregnan aún totalmente nuestra vida cotidiana y, a fortiori, el objeto de investigación de las “ciencias humanas”.<sup>17</sup>

No tengo duda de que las elaboraciones conceptuales sobre México y lo mexicano, tanto como mano de obra o como riesgo de salud, son una clara expresión de la racionalidad occidental y particularmente de la burguesa, impedida de otorgar el mismo estatus de racionalidad a ese amplio horizonte de “otros” que en diferentes momentos ha enfrentado, controlado o destruido: indios, negros, mexicanos, mujeres, locos, campesinos, trabajadores.

17 *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*, México, Universidad Veracruzana/Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/INAH, 2002, p.31.

# La frontera México-Estados Unidos